

EL SABIO D'ELHUYAR

POR

BERNARDO J. CAYCEDO

«JUAN JOSE ESTABA CONDENADO AL MAS AMARGO DESENGAÑO» (1)

Este prólogo debería ser más bien un epílogo. Porque, contrariando la norma de tan experimentado biógrafo como André Maurois, comienza por presentar no sólo al hombre ya hecho sino ya muerto, cuando aún no ha empezado la biografía.

Ya muerto y hasta olvidado, para explicar por qué lo está y en cambio su hermano ha gozado de más difundido renombre, aun por méritos que son del otro, del olvidado.

Y puesto que de esta falta de respeto a la cronología da ejemplo al propio Maurois, cuando en la introducción a «Olimpio o Víctor Hugo» nos lo da como el primer poeta de Francia, cuando todavía no nos ha contado su nacimiento, valga el mal ejemplo del ilustre preceptor para hablar del sabio Don Juan José D'Elhuyar, cuando todavía no se ha dicho cómo y en dónde vino al mundo.

El título de sabio es peligroso de dar y peligroso de recibir. Ya sabemos, por de pronto, que son pocos los que en el mundo han sido. Y sabemos, además, por Lope, que «tantos que nacen sabios es porque lo dicen ellos».

Ese vocablo exigente no puede prodigarse. Y si se ha empleado al forjar esta semblanza de Don Juan José D'Elhuyar, es porque en repetidas ocasiones lo califica de sabio otro sabio: el gaditano Don José Celestino Mutis, inolvidable Director de la Expedición Botánica en la Nueva Granada. Así lo llamó también Sven Rinman en su gran «Diccionario de Minería» (1788-89), y en la actualidad el ilustre hispanista sueco Doctor Stig Rydén, Director del Museo

(1) Prof. Arthur P. Whitaker. *"The Elhuyar Mining Missions and the Enlightenment"*.

Nacional de Estocolmo, quien considera a este D'Elhuyar «el hombre más importante de la ciencia española en el Siglo XVIII». (2).

El tumultuoso andar de otros sucesos contemporáneos, la transformación política del mundo a fines del siglo XVIII y principios del XIX, la historia que entonces pasaba con harto ruido de timbales, de armas y de doctrinas, hicieron que se quedase en el silencio y la penumbra aquella vida, que transcurría descifrando secretos telúricos y procurando obtener lo que de ellos esperaban la patria y su propia ambición.

Hay una serie de sencillas razones para explicar por qué suena más el nombre de Fausto D'Elhuyar que el de Juan José. Desde luego el carácter imperativo e impetuoso del primero y el genio corto y encogido del segundo.

Fausto extravertido, ambicioso, completaba su profesión con magníficas disposiciones de organizador y de empresario. Fue uno de los brillantes ejemplares de la ciencia española. Su hermano mayor, de espaldas al mundo externo y a las conveniencias de la sociedad, con rica vida interior, tolerante y hay que conceder que algo perezoso o indolente, deslucía su saber con su natural apacible y resignado.

Pero es un error querer exigirle a un científico absorto en sus observaciones de la naturaleza, que se porte como la gente común, como los promotores de negocios, despiertos y atentos a cuanto acontece en torno suyo, cuidadosos de los detalles y nada omisos en adoptar los medios que los lleven más rápidamente al éxito. Hay cualidades humanas que sólo prosperan a expensas de otras. Los descubrimientos, los inventos, las genialidades de quien arranca a la ciencia su revelación convierten en virtud las distracciones que son vicios en el hombre corriente. Benditos ensimismamientos que no logran ponerse a tono con la rutinaria actividad, sino que en esa especie de arrobos engendran los grandes frutos de la sabiduría.

Juan José fue el verdadero descubridor del tungsteno metálico, aunque en sus investigaciones lo asistió Fausto. Pero la «Memoria» en que se dió cuenta del hecho fue publicada conjuntamente por los dos, ya cuando Juan José había venido a América y dejado para siempre a España, en donde su hermano cosechó los parabienes de los centros científicos, que se conmovieron con el deliberado hallazgo.

Fausto fue enviado luego por el Gobierno a aprender en Hun-

(2) *“Don Juan José D'Elhuyar en Suecia, y el descubrimiento del tungsteno”*, por Stig Rydén. Madrid, 1954.

gría el revolucionario método de amalgamación del Barón de Born, y a su regreso nombrado Director de las Minas de Méjico. Juan José, en cambio, fue destinado inicialmente a aplicar el antiguo sistema de funderías en el Nuevo Reino de Granada, en donde se desperdiciaron sus conocimientos por encargarlo de la administración de las minas de plata de Mariquita.

Fausto sobrevivió a su hermano cerca de cuarenta años y casi le dobló la edad. En ese largo excedente de tiempo aprendió más, enseñó más, publicó más e hizo una carrera que por su sola duración fue más fructífera. Sin quererlo, absorbió el nombre de su hermano, pues mientras este era apenas recuerdo lejano y aun olvido completo, Fausto era actor que se movía en un medio propicio a exhibirse, amigo de muchos amigos y, restituído a su tierra, coronó su agitada existencia como Director de Minas de España y fundador del Cuerpo de Ingeniería de Minas.

Además la metalurgia le debe a él descubrimientos personales suyos, en su tiempo descritos por Louis-Joseph Proust, como anuncio de una obra que haría «época en la ciencia de la metalurgia». A las que cita Menéndez Pelayo en «La ciencia española» habría que agregar las «Disertaciones» que sobre aquel tema escribió en francés Don Fausto y que, vertidas al español, fueron publicadas en 1941 por J. Guzmán, (3) y las que aún se encuentran inéditas.

Con menos tiempo, con menos oportunidades Juan José hizo apenas dos publicaciones, compartida una de ellas con su hermano. Carecemos de literatura propia que nos abra el camino hacia su personalidad.

Porque la vida y la psicología del escritor, aunque no haya dejado memorias ni diario, se desliza en una u otra forma a lo largo de su biografía. Pero no todo hombre digno de biografía es escritor. Allí entrega mucho de su ser. Allí se pone más al alcance de sus realizaciones, sus éxitos y fracasos conocidos por documentos burocráticos, por testimonios que de él nos dejen sus contemporáneos y, a veces, por algo de correspondencia privada, son los únicos resquicios por donde puede penetrarse al interior de su alma.

Esto en los seres rematadamente callados y reservados, como Juan José D'Elhuyar, agrava el problema, porque su intimidad está cerrada a piedra y lodo.

Debido a esto, historiadores y aficionados han hecho de algunos de los actos de los hermanos logroñeses inexplicables mezclan-

(3) "Boletín del Instituto Geológico y Minero de España". Tomo XLV, décimo quinto de la Tercera Serie, 1941.

zas. Pronto se confundieron los dos nombres, se leyeron mal las fechas de algunos documentos, se atribuyó a uno de los mineralogistas lo que era obra del otro, se trocaron sus papeles y aun llegó a equivocarse el parentesco que los unía.

No será el menor de los propósitos de este estudio volver las cosas a su verdadero estado, sin ánimo de controversia, pero con espíritu de justicia.

Como en otros escritos sobre temas de historia, el autor quiere insistir en que no son invenciones suyas ni meras expansiones literarias los detalles descriptivos que se han utilizado en la narración, sino que todos ellos se han sacado de documentos cuidadosamente leídos.

Si de la manera como se han empleado y expresado parecen en ciertos momentos obra de imaginación, ello depende no del biógrafo sino del biografiado, cuya dramática existencia se esfuerza por hacerse realidad en las páginas que siguen.

Por su melancolía, por sus desencantos Don Juan José D'Elhuyar tuvo fuertes motivos para ser poeta. Pero era mineralogista. No había conciliación posible. Alma blanda contra la roca dura. Por eso he dicho que esta introducción estaría mejor al concluir la historia. Y cerrarla con un ex-libris que dijese solamente: vida de cuarzo y de lágrimas.

EL SABIO D'EL HUYAR

PRIMERA PARTE

¿DE DÓNDE?

I.—EL ESPINO MARCHITO

Este es un vasco que nació en Castilla la Vieja.

De él se enorgullecen con razón los riojanos, porque vino al mundo en la muy castiza ciudad de Logroño. Pero su nacimiento allí fue fruto de un trasplante reciente de antigua cepa vascongada y no de lugar próximo sino, al contrario, de los más lejanos y ni siquiera español: de los confines septentrionales del país franco-gascón, en la provincia de Labourd, allende los Pirineos. No falta quien diga que sus más distantes abuelos franceses provenían de otros lugares remotos del Béarn.

Sin embargo, esto ya se nos vuelve prehistoria.

El arraigado individualismo vasco, que en los contornos del núcleo central de sus poblaciones y caseríos esparce granjas y cortijos aislados, encaramó hace siglos, en las estribaciones pirenaicas que descienden a la Baja Navarra francesa, la vieja casa de Elizalde. He subido hasta ella desde Hasparren, ya vencida la tarde, y a tal deshora he sorprendido a una dama entrada en años, que en el jardín campesino cortaba las pocas flores que no había conseguido abatir aquel otoño helado. Ella y su hermana —Marie Julie, Marie Léonie— vestigios familiares de D'Elhuyar, habitan en aquella soledad en otra casa más reciente que llaman Pellonia, del nombre de un Sieur Pelliot, su antiguo dueño. Pero a pocos pasos de ella, Elizalde, que hoy se conoce como Elhuyar-berria, degenerada en establo y habitación de pastores, conserva intacto el tipo tradicional de la arquitectura vasca. No parece ser anterior al siglo XVII. Recostada en la pendiente que va buscando la altura de los montes, cumple con ser el bloque rectangular, sin patio interior, donde se labra la fisonomía de aquel estilo. En el hastial, sin leyenda ni escudo, la puerta crujiente abre paso a una cuadra anchurosa, donde

todas las tardes se recoge el ganado. A la izquierda, varios aposentos ensolados de piedra que antes fueron alcobas de la familia. En el mayor, un hogar rinconero donde la lumbre de los pinos resinosos pide contar historias u oír, como Don Iñigo López de Mendoza, los «refranes que dicen las viejas tras el fuego». Antañazo, en el lado opuesto al camino, debió de haber un hortal.

Lejos de la frontera contrabandista, que recuerda las sobresaltadas escapatorias de Ramuncho, Hasparren y sus contornos parecen situados a la vera del mundo, y mucho, también, a la vera del tiempo. Unas cuantas leguas de bosque tupido y el camino —pésimo entonces— que se tiende sobre un trozo de landa vasca hasta Bayona le aseguran el aislamiento. La vida discurre allí sin ambición ni ruido. Dormido sobre la extinta ciudad romana, el pueblo se basta y desde su gozosa misantropía nada le pide a nadie y parece desdeñar la fácil vecindad del progreso.

Al zahondar en las raíces documentales de esta familia, se ve que se hallan en el hoy decrepito casón de Elizaldea, o campo de la iglesia, donde viven a principios del siglo XVIII, Domingo D'Elhuyar y María Surrut, matrimonio de gentes buenas que debían de tener sus ribetes de nobleza provinciana, porque a los señores se les llama *Sieur*, a las mujeres *Dames*, y aun sale por ahí un sobrino, Auger Hiriart, que era señor de Franchisteguy.

Si los etimologistas han acertado al rebuscar las fuentes semasiológicas del apellido en las entrañas del vascuence, sus conclusiones esconden amarga profecía. «*Elo* parece ser *espino*; *i(h) ar o igar* es adjetivo que significa *seco*, *marchito*, *yerto*.»... Esta es, sin duda, la interpretación que debe darse al último elemento de apellidos como Elhuyar». (1).

Desoladora etimología: el «*espino marchito*», tal vez la aulaga que crece en las campiñas del oeste labortano. Arbusto prevenido que erige estratégicamente sus púas en defensa de la amarilla floración y que cuando esta muere y ya no tiene a quién defender, es solo un erizo vegetal de espinas mustias.

(1) V. "Apellidos vascos", por Luis Michelena (pág. 60) y estudio de Justo Gárate en el "Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País" Volº XI, pág. 139. Este autor, en la versión de "Cuatro Ensayos sobre España y América", de Guillermo de Humboldt (Colección Austral, Buenos Aires, 1951) insiste en afirmar: "Elhuyar significa *espino yerto*, Lhuyart es una mala grafía" (pág. 59). Prefiero rendirme a esas autoridades que no a la de Don Isaac López Mendizábal, quien da a D'Elhuyar, Loyarte, Oyarte, Luciarte y otros nombres la procedencia de "pastizal", "brezal", etc. ("Etimologías de apellidos vascos", Buenos Aires, 1958).

Se ha dado demasiada importancia a las diferentes grafías con que se encuentra este apellido en manuscritos o en publicaciones antiguos y recientes, como si todas ellas fuesen auténticas. Salvo dos o tres de esas formas, que son una sola en lo esencial, las demás son simples faltas de ortografía. Y estas en ningún modo pueden tomarse como variedades legítimas sino como hijas de la ignorancia, debido a no ser nombre muy extendido, a su fonética especial, distinta en francés y en castellano, y a la presencia, un poco desconcertante, de esa h intermedia. *Delhuyar*, se lee en las partidas eclesiásticas y en las firmas de los antepasados, en parroquias de Francia y de España. Juan José, sin embargo, separó dos de los componentes al modo francés y firmó D'Elhuyar. Pero este solo cambio en nada altera la exactitud del apelativo y aún cuadra más con el paraje de oriundez de aquella estirpe (2).

No se sabe de otros hijos que tuviese el matrimonio D'Elhuyar-Surrut, fuera de una muchacha que fue esposa de Martín Legrand, y Juan, nacido hacia 1718 y que en 9 de Noviembre de 1746 se casa en San Juan de Luz con Ursula Lubice, heredera de la casa de Granchanenea, en aquel lugar, e hija de Pedro Lubice, natural de Catenau de Ribera-Bais y de su esposa, Juana Sarrasty.

Por estar la parroquia de Hasparren consagrada a San Juan Bautista la devota familia contaba tantos Juanes, que es fácil extrañarse en la serie de documentos en que salta el repetido nombre. A Juan D'Elhuyar Surrut lo casó su primo el presbítero Juan D'Elhuyar, hijo, a su vez, de otro Juan y de María Heriberriondo, hermana de Juan Señor de Sorhan Etchebere (3).

Y nada más vuelve a saberse de Juan, el hijo de Domingo, hasta que aparece seis años más tarde con su mujer en Logroño. Por autorizadas referencias se conoce que estuvo un tiempo en Bilbao. En Francia su revolución, en España la invasión revolucionaria y la na-

(2) Han tratado de esta anarquía ortográfica del apellido las siguientes obras: "*Los químicos de Vergara y sus obras*" (Madrid, 1909), por Juan Fages y Virgili, equivocado en sus apreciaciones. "*Biografía de José Celestino Mutis*", por A. Federico Gredilla. "*Apuntes biográficos de Don Fausto de Elhuyar y de Zubice*", por Antonio de Gálvez-Cañero, Madrid, 1933. "*Don Fausto de Elhuyar y de Zubice*", por Arturo Armaiz y Freg, en "*Revista de Historia de América* N.º 6 (1939). "*Mexican Silver and The Enlightenment*", por Clement G. Motten, Filadelfia, 1950. "*The Elhuyar Missions and the Enlightenment*", por el Prof. Arthur P. Whitaker, en *Hispania American Review*. "*Los apellidos de los hermanos Elhuyar*", por Salvador Sáenz Cenano en la Revista "Berceo", de Logroño, N.º 32, año IX 1954, pág. 339. "*Don Juan D'Elhuyar, prestigioso cirujano del Hospital de Logroño*", por el Canónigo Don José Zamora Mendoza, Logroño, 1956.

(3) Partida existente en el Archivo Diocesano de Bayona.

poleónica y las guerras carlistas barrieron y aventaron los archivos donde hubieran logrado encontrarse huellas de su paso. Mas, puede colegirse que su matrimonio con una portefaña le abrió un horizonte más vasto que el de su encerrado valle nativo. San Juan de Luz era una puerta que se abría sobre el mar y sobre el mundo. Y Juan, en vez de consumirse en la resignada quietud de su pueblo, rompió la monotonía rutinaria y se fue con su esposa a buscar la vida, lejos del triste casal de sus lomas lugareñas (4).

Se ha dicho, con razón, que «el pueblo vasco es uno». En la frase queda expresado con énfasis no sólo el hecho de su unidad racial y lingüística, a pesar de las variantes de una a otra provincia, sino aún la comunidad de ciertas virtudes y fallas, de cuya posesión exclusiva acaso se sientan satisfechos todos los vascos, aunque no lo adviertan.

Su esquividad —defecto y virtud al mismo tiempo— se atrincheira tras un contorno de reductos geográficos y sociológicos, que han contribuido a la conservación de la tierra y de la familia vascongada. Pero no tanto que hayan podido suprimirse las áreas indecisas, allí donde la presión de sus vecinos ha contado con mayores ventajas para vencer la inflexibilidad de las líneas divisorias. A mediados del siglo pasado el antropólogo francés Paul Broca advirtió el ablandamiento del perímetro euscalduna en el sector que toca en tierras castellanas. La frontera que separa ha ido transformándose en contacto que une y entremezcla las dos influencias enfrentadas.

De esta compenetración surge una adaptación o aclimatación que facilita el intercambio de los elementos contiguos. Y así estos D'Elhuyar, que vienen del norte de la Gascuña francesa, dejan los sotos escondidos y salen primero en busca del mar y resbalan hacia el Sur, por el borde de las provincias de su grupo étnico e idiomático, en la Vasconia de España hasta parar en La Rioja, ya en Castilla la Vieja. Pero esa comarca no es extraña ni ajena a la influencia vasca, que llevó su lenguaje «en la Edad Media a tierras que corresponden a las provincias de Logroño y Burgos, rebasando, pues, toda la de Alava» (5).

(4) Gracias a la inteligentísima investigación y al admirable esfuerzo de Don José Zamora Mendoza, Canónigo Archivero de la Catedral de Santa María de la Redonda, en Logroño, ha podido hacerse la historia del cirujano Don Juan D'Elhuyar Surrut en la Rioja castellana. Sin esa ilustrada tarea no hubieran podido conocerse estas noticias, que se han tomado en su totalidad de su estudio titulado: *“Don Juan D'Elhuyar, prestigioso cirujano del Hospital de Logroño”*. Separata de la Revista “Berceo”, 1955. Gracias le sean dadas.

(5) *“Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina”*, por Julio Caro Baroja. Salamanca, 1946.

Después la presión ha sido en sentido inverso y el empuje de Castilla y del castellano ha descolorido el trazo de la antigua medianería que señalaban las anchas aguas del Ebro. Así ha solido hablarse de La Rioja alavesa; y Guillermo de Humboldt en el «Diario del Viaje Español» pudo sorprenderse cuando observó que «desde Vitoria, a través de toda Alava, hay muchos lugares en que no se conoce el vasco». Hoy esa verdad es mucho más verdad que antes.

En Bilbao, medraba Don Juan en sus prácticas quirúrgicas. Pero ambicionó, acaso por más lucrativa, la plaza que proveía el Ayuntamiento de Logroño. Aunque sin título oficial hasta entonces, pasaba por lo que se llamó cirujano latino, a diferencia de los romancistas, que no sabían latín. «Su formación no era solamente empírica, sino también científica, lograda con el estudio de los libros» (6).

Un año de porfiados regateos epistolares con el Cabildo y al fin principia en el de 1753 la vida logroñesa de Don Juan D'Elhuyar. Y comienza también la fertilidad de aquel matrimonio que en los precedentes seis años largos no ha dado señales de prole y ahora anuncia la llegada del primogénito, que ha de nacer a poco, el 15 de junio de 1754.

Estaba tan cerca la fiesta de San Juan, el patrono de Hasparren, que una vez más parecía recordar a la familia la tradición de su nombre. Y así, el bautismo se aplazó hasta el día 24 y el niño se llamó Juan José. Le administró el sacramento Don Fernando Antonio de Castroviejo, Rector de la insigne Colegiata de Santa María de la Redonda. En su parroquia se encuentra aún la pila en que los hijos del cirujano recibieron sus nombres, junto con su fe.

El solo traslado de Bilbao a Logroño desequilibró la débil hacienda de su padre, que se vio forzado a pedir al Ayuntamiento el anticipo de sus sueldos de medio año, a los pocos días de llegar a la capital de la Rioja.

Desde el principio tuvo allí enemigos que le envidiaban y no perdonaban que se le hubiese contratado como cirujano del Hospital. El primer encuentro fue con un médico celoso que le movió agria disputa hasta que el Ayuntamiento le previno «no tener quimeras con dicho cirujano».

Otro día, Don Francisco Martínez de la Mata, no hallando casa para su vivienda, tuvo por cosa muy cómoda pedirle a Don Juan D'Elhuyar la que él habitaba. Era Secretario Honorario de la Inqui-

(6). D. José Zamora Mendoza, op. cit., pág. 25.

sición, ya jubilado, y jubilado también como Alcaide. Es decir, funcionario sin funciones presentes, de esos que la edad arrincona y se quedan cobrando a cuenta de las pasadas una ración, hasta que les llega la muerte.

No viendo satisfecho su deseo, acudió al más arbitrario recurso que pueda imaginarse. Y una mañana los parroquianos de la Colegiata de la Redonda, se sorprendieron al ver en la cruz que estaba junto a la pila del agua bendita un papel que decía: «Tengan vuestras mercedes por público excomulgado a Don Juan Delhuyar, por mandato del Santo Tribunal de la Inquisición, por no desocupar la casa en que vive».

Tenía que ser ésa y no otra. «Casa con sol y pozo», necesarios a la curación de los enfermos que atendía el cirujano.

Buen católico Don Juan, se allanó a desocupar la habitación tan pronto como hallase otra. Pero no la halló, ni con el auxilio del Ayuntamiento y del Alcalde. Y como según esa censura canónica se le consideraba vitando, tuvo que recluirse y prescindir del trato con los enfermos.

Entretanto, su nombre puesto en tablillas era el escándalo del pueblo que se aprestaba a la celebración de la Pascua de Navidad.

El Tribunal del Santo Oficio se había arrogado abusivamente atribuciones civiles que competían a las Justicias Reales. Y extremaba el rigor de su desorbitada coacción para constreñir con penas y torturas espirituales a un hombre bueno y útil, sólo por conseguir ventajas de orden material en favor de un miembro honorario del Santo Oficio, el cual obraba así, además, como juez y parte.

Sin embargo, la víctima halló autoridades dispuestas a hacer justicia. Y si el Tribunal desoyó la súplica del Corregidor local, vio que una montaña se le venía encima cuando los autos subieron al Consejo Supremo de Su Majestad. Y antes de que éste se pronunciase, bastó la voz persuasiva y enérgica de su Fiscal para que los señores inquisidores de Logroño, viendo «el mal cariz que para ellos iba tomando el asunto, optasen por una prudente retirada, que nada tuvo de honrosa» y «aconsejasen a Don Francisco de la Mata que retirase la reclamación».

Así, desde el vientre materno, la criatura que había de nacer tres meses más tarde, se había visto amenazada de un despiadado deshauccio. Y poco faltó para que el padre no hubiese podido concurrir al bautismo del niño, a causa de la arbitraria censura del Santo Oficio.

El espino marchito reverdecía, pero seguía siendo aulaga mar-

cesible. Y un signo de contradicción y de penuria rodeaba la cuna del nuevo vástago de la casa de Elizaldea.

II.—«SOMOS RIOJANOS»

Los contratiempos acrecentaron la fama del cirujano. Su faena no era sólo la rutinaria de tratar a los pobres y enfermos del Hospital. Lo llamaban los dolientes de Logroño, de toda la Rioja, de las Vascongadas, de Navarra. Así fue curando males y conociendo la geografía de la comarca.

Para sus salidas necesitaba permiso del Ayuntamiento. La primera vez, para atender en Calahorra a una monja carmelita. Así conoció esa parte de la cuenca del Ebro. Después, Haro y sus viñas, Miranda y la antiquísima Briones. Y más lejos aún: Vitoria, Vergara, Eibar, Marquina. Un día se escapó sin permiso a la nobiliaria Mañeru, de Navarra, a batirle las cataratas a su amigo el Abad de Yurre. La osadía casi le hace perder el puesto.

Otro día le llama desde Azpeitia el Marqués de San Millán. Por aquel tiempo ahí cerca, en Munibe, solar de los Condes de Peñaflores, agonizaba y murió en la flor de sus años Ramón María de Munibe y Areizaga, a consecuencia de una misteriosa herida en el pecho. Acaso Don Juan D'Elhuyar hubiese logrado lo que no consiguieron otros médicos y cirujanos a quienes acudió el Conde (7).

Entretanto aquél, que viajaba con los ojos abiertos, descubría una fuente de aguas tibias y medicinales en las cercanías de Santa Cruz de Cestona. En el hoy famoso balneario nadie recuerda su nombre. Pero fue el físico Don Juan quien denunció ese hallazgo y la virtud curativa de las aguas al Ayuntamiento de Logroño.

Sus cuentas atrasadas, sus clientes morosos en pagar, si acaso pagaban, y el aumento de las necesidades de su casa le llevaban de una a otra parte, en desazonada actividad que, al parecer, no alcanzaba a suplirle cuanto demandaban sus urgencias.

Un año después que el primogénito Juan José, nació Fausto, cuya vida hacer parte muy extensa de la de su hermano mayor. Y dos años más tarde, María Lorenza. Así, en lejanísimo futuro, podría decir Fausto para no dejarse asombrar por otros vinos que los de su

(7) V. "Los Amigos del País", por Julio de Urquijo, San Sebastián, 1929. Y la monografía que Don Gregorio de Altube, muy ilustre Director actual de la Sociedad Vascongada, escribió sobre "El Excelentísimo Señor Don Xavier María de Munibe, Conde de Peñaflores". San Sebastián, 1932.

tierra: «Somos riojanos». Su casa de Hasparren quedaba muy atrás, en la Vasconia francesa y en el olvido. Ahora, en Logroño, la esperada y retardada descendencia del cirujano llegaba casi en tropel. Pero ahí terminó. Antes de cumplir un año la niña, falleció su madre. La llevaron a sepultar en el Carmen Descalzo, extramuros de la ciudad, y a su entierro asistieron los señores Deán y Cabildo de la Colegiata de la Redonda, con el vestuario correspondiente a entierro de seis ducados. Entierro de pobre, como lo había pedido en su testamento, en el cual declara que no hubo gananciales en su matrimonio, por haber vivido «con muchos retrasos, empeños y deudas...» «a causa de diferentes enfermedades y otros accidentes». Bajo la discreta brevedad de esta explicación se adivina una historia de apuros que, como se verá en estas páginas, resultó hereditaria (8).

El diligente Don Juan se encontró solo para atender a su profesión y a las tres criaturas pequeñitas. La biografía de todas tres es entonces colectiva y además ignorada. De esa especie de nebulosa no ha quedado recuerdo ni documento que diga una anécdota o revele prematuramente un carácter. La biografía de los niños es la de su padre. Y su padre, que no tiene casa propia, va de una a otra, expuesto a que los dueños le impongan cortapisas y restricciones, por temor de que vaya a recibir enfermos que padezcan males contagiosos.

Se supone con fundamento que los dos chicos empezaron su educación en el Colegio de los Jesuitas de Logroño, hasta cuando esos religiosos fueron expulsados en Abril de 1767. Pero no hay datos documentales de que así ocurriese, ni se sabe a dónde irían a concluir sus segundas letras. En cambio en esa época acaeció algo trascendental en su vida: las nuevas bodas de su padre (9).

Casó esta vez el cirujano Don Juan con Dominica de Elisagaray hija de Juan de Elisagaray y María de Laura, también natural de San Juan de Luz, como lo había sido su primera mujer. Once años le guardó a ésta la póstuma fidelidad, por lo que no puede decirse que fue su «dolor de viudo corto y agudo». Dominica venía sirviendo en casa de D'Elhuyar desde hacía ocho años. Los hijos ya eran mozalbetes y su carrera exigía mayores gastos. Con aquella unión, de la cual no hubo descendientes, su padre acometió una

(8) Los hijos nacieron, Juan José, el 15 de Junio de 1754; Fausto Fermín, el 11 de Octubre de 1755; María Lorenza, el 8 de Agosto de 1757. La madre murió el 2 de Julio de 1758.

(9) En la Colegiata de Santa María de la Redonda, el 18 de Junio de 1769.

nueva empresa, en la que aprovechó la habilidad de su hacendosa consorte.

Don Juan no era solamente cirujano, sino químico y quiso explotar el aspecto industrial de esta ciencia. Hasta entonces de las cosechas de uva de La Rioja se utilizaban solamente los hollejos u orujos, y las heces para la fabricación de aguardientes tan nocivos, que resultaban ser puro veneno. Pero nadie destilaba los vinos defectuosos, picados o quebrados. Y ésta fue la iniciativa del cirujano D'Elhuyar que llegó a instalar en Logroño y varios otros lugares de La Rioja y de Navarra, hasta veintidós calderas para extraer el aguardiente de vino. «Es constante la perfección de diferentes licores que en mi casa se ejecutan por mi mujer Dominica Elisagaray y mi hija, tan buenos y mejores que los que han venido y pueden venir del Norte.

Aquí también la envidia y la competencia comercial le salieron al paso al laborioso cirujano. Los arrendatarios del Ramo de Aguardientes, Rosolés y Mistelas, Francisco Antonio de Insausti y Fernando Sáenz Rodríguez obtuvieron muy sigilosamente una Real Provisión (25 de Mayo de 1776) en que se prohibía a médicos, cirujanos, boticarios y otros facultativos ocuparse en actos de tráfico y comercio que les distrajesen de sus respectivos ministerios.

Aunque el Corregidor local no podía resistir ni disimular aquella orden, emanada del Real y Supremo Consejo de Castilla, el Ayuntamiento favoreció al cirujano dándole amplia licencia para que pasase a la Corte de Madrid a defender sus derechos. Lo asistió como procurador Don Angel de Sata y Zubiría, con tan persuasivas razones, que el Real Consejo recogió su orden y dispuso que en adelante nadie impidiese ni dificultase a Don Juan D'Elhuyar la venta de licores y aguardientes que fabricaba. Don Angel alegó que su parte «ni se mezclaba en arriendos, ni menos tenía por sí tráfico ni comercio que le impidiese su ministerio, pues sólo había sido un apreciable descubridor del modo puro, saludable y exquisito de fabricar aguardientes y licores, cuyo secreto, enseñado a su mujer Doña Dominica Elisagaray, ésta era la que por sí sola y sus criados... lo ejecutaba, giraba y administraba con pública utilidad y particular beneficio de esa conyugal compañía...»

Otra vez los cosecheros y viñadores de La Puebla y Elciego, Navarrete y Fuenmayor, Viana y Logroño, pudieron despachar el jugo de sus vides a las calderas ingeniosas del cirujano d'Elhuyar, y otra vez todas las comarcas septentrionales de España volvieron

a saborear los finos licores de sus destilerías, aliñados de azúcar, canela y otras especies ultramarinas.

Pero el empresario era incansable. Y sus necesidades, al parecer, insaciables. «Recibe y da prestado», «Gestiona negocios ajenos» son los títulos de dos capítulos de su biografía, taraceada con minuciosos hallazgos por el Canónigo de la Colegiata en que recibió el bautismo (10).

Mientras vemos así bregar al padre, sin descanso, dispersando sus energías en los más disímiles quehaceres, la juventud de sus dos hijos varones discurre tácitamente. Sin datos de su adolescencia, de pronto llega el rumor de sus nombres cuando en 1777 (19 de Diciembre) regresa Juan José de París, donde su educación y la de su hermano ha costado buena suma de doblones que explican la desafortunada actividad de su padre.

Allí estudió Juan José, durante cinco años, matemáticas, física, química e historia natural (11). Una carrera de orientación a la que profesaba su padre. El viejo quería ver en sus hijos los continuadores de su obra, pero más perfectos, después de una formación adquirida con método escolar.

Los dos oyeron las lecciones de los más eminentes profesores franceses de su tiempo, entre ellas las que dictaba el famoso químico y mineralogista Hilaire-Mari Rouelle, sucesor de su hermano Guillermo Francisco en la cátedra del Real Jardín de Plantas.

De entre la nube de estudiantes que fueron compañeros de los D'Elhuyar, se guarda memoria de Antonio de Munibe y Areizaga, hijo del Conde de Peñafiorida, y otro hijo del Marqués de Narros. Conde y Marqués que eran el Presidente y el Secretario de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, fundada por el primero y que es uno de los institutos más beneméritos de la cultura española. Aquella amistad universitaria tuvo en ese tiempo decisiva influencia en la ruta profesional que habían de seguir luego los dos logroñeses.

Y se recuerda también a otro condiscípulo suyo, Don Angel Díaz Castellanos que, después de haber servido en el Regimiento de Caballería de Farnesio, había ido a París(a costa de la generosi-

(10) Vuelvo aquí, porque es de justicia, a admirar y agradecer la investigación que hizo a fondo dicho ilustrado Canónigo Archivero de la antigua Colegiata, hoy catedral de Santa María de la Redonda, Don José Zamora y Mendoza. El resucitó al cirujano Don Juan D'Elhuyar, y de su importante trabajo se han sacado las más de las noticias de este capítulo y del precedente.

(11) Archivo de Caycedo. "Expediente instruido para obediencia de la Real Orden fecha en Madrid, a 31 de Diciembre de 1783, etc.

dad del cirujano D'Elhuyar, y había estudiado allí matemáticas, física, química, mineralogía y docimasía.

Era natural de Nalda, en La Rioja, no lejos de Logroño. Por el camino que bordea el Iregua y cruza parajes agobiados de historia, vino aquella amistad que culminó en la alianza de las dos familias. Cuando Juan José volvió de París, ya Don Angel, que le había precedido varios meses en el regreso, se había desposado con la hermana de aquél, María Lorenza D'Elhuyar (31 de Julio de 1777).

Ella estaba en la flor de sus veinte años, si flor puede llamarse la aperrecada vida en que se había consumido aquella juventud. Desde la adolescencia había sido la ayuda de su madastra en la empresa de elaboración de los aguardientes. Nada de escuela ni de otra preparación para la sociedad que andar por las bodegas de su padre, saturadas de húmedo olor de mostos y vinos picados, entre las cubas y cántaras de la fábrica vecina a los Trinitarios, camino de Santa Cruz, o en la del mayorazgo de Alvarez Maldonado, o en la cueva de la casa de Menaute, en la Rúa Vieja.

Cansada de medir azumbres de vinagrón, tal vez la muchacha mirase el matrimonio como un escape del rutinario trajín. Su padre la dotó por cuenta de ambas legítimas, paterna y materna, con cuatrocientos ducados de vellón, en dinero, ajuares de casa, ropas y 357 botellas de diferentes licores. Fuera de la dote, llevó otras prendas de vestir de su uso ordinario y entre las alhauelas «un aderezo de piedras blancas, clavadas de fino en plata».

Pero no parece que su vida cambiase mucho. Puede conjeturarse que ni siquiera le puso el marido casa aparte, porque al poco tiempo hizo otro largo viaje, también a cuenta del suegro, y la mujer quedó en casa de sus padres.

De esa época arranca también la intimidad con otro amigo, que no lo fue sólo entonces, sino durante toda la vida. De una fidelidad resistente a las pruebas más ásperas, aun a la ingratitud, Don Manuel de Vicuña, siempre recursivo y servicial, aparecerá en la accidentada vida de los hermanos D'Elhuyar casi como un hermano por el afecto, por la abnegación.

Era un vasco menudito y pulcro, que les pasaba la edad a sus dos compatriotas en más de una decena de años. Con el noble sentido con que Cervantes se llamó «criado» del Conde de Lemos, este Don Manuel lo fue por muchos años del de Peñafiorida, ya en Vergara, ya en la casa solar de Munibe. Modoso en su trato, se complacía en dirigirse a Juan José, llamándole en vascuence «Nere Josepe Jauna». De genio vivaz, se descaecía a veces en crisis me-

lancólicas. El mismo decía alguna vez que estaba «murriático». Pero su murria no le impedía trabajar para buscarse la vida o servir a los amigos. Tenía una incurable vocación de pobre.

En ese año de 1777 Vicuña se registra como individuo de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, con la indicación de «Profesor», no sabemos de qué. También entonces se hace socio de la misma institución el cirujano Don Juan D'Elhuyar. Su primogénito ha llegado de París, pero en vez de radicarse en Logroño, se instala silenciosamente en Vergara, en los momentos en que la corona sepañola va a descubrirlo y a asociarlo a sus programas políticos, cosa en que jamás hubiera él soñado.

III.—CON LOS CABALLERITOS DE AZCOITIA

Entre la polvareda que levantó el jesuíta José Francisco de Isla con la publicación de la tremenda crítica a los predicadores en su «Fray Gerundio de Campazas», es notable la escaramuza con Don Javier María de Munibe e Idiáquez, Conde de Peñaflovida.

Este y dos compañeros, Don Manuel Ignacio de Altuna y Portu y Don Joaquín de Eguía, encubiertos bajo el común seudónimo de «Los Aldeanos Críticos», fingieron una serie de cartas eruditas a la moda de entonces, en parte para contradecir y fastidiar al autor y en parte para corregir los que tenían por desatinos suyos en cuestiones de cosmografía, física, matemáticas e historia natural. Eran ciencias que estos aristócratas aficionados estudiaban en sus gabinetes con el mayor interés y curiosidad.

Respondiéndoles a todos en carta dirigida al Conde, el Padre Isla los llama primero «el aplicado triunvirato». Después, trabada la polémica, a la inocente ironía de llamarle ellos «santo eclesiástico», reacciona el Padre y les cambia el rótulo por el de «los Caballeritos de Azcoitia».

Y así se han quedado en la historia, acaso porque, perdiendo lo que pudo tener de despectivo, es nombre eufónico, casi bello, para ilustrar un pasaje de los anales literarios de ese tiempo. Pero al Conde y a sus compañeros les escoció algo porque así titulaba su «reverencia a unos hombrones como zamarrros que el que menos es padre de tres hijos» (12).

La lucha verbal, en que hubo sus ramplonerías pero con dignidad y mutuo respeto, acabó como acaban siempre los duelos en que no hay muerto: con una reconciliación de caballerazos. Seamos

(12) «Obras escogidas del P. José Francisco de Isla». Biblioteca de Autores Españoles, XV, 391. Madrid, 1945.

amigos «por muchos años —decía, para concluir, el Padre Isla—. Y seámoslo de modo que todos los que han sido testigos de nuestras reyertas lo conozcan».

Poco más tarde (1764-65) el Conde de Peñaflorida veía realizado el sueño de muchos años: el estímulo y desarrollo de la cultura española en todos sus órdenes, mediante la formación de la Sociedad Vascongada de Amigos del País y de otras que se fundaron a imitación suya (13).

Por coincidir su interés con el movimiento que se llamó la Ilustración y por haber tenido algunos de los miembros de la Vascongada correspondencia con personajes del filosofismo francés, la Sociedad fue injustamente reputada como vehículo de la Enciclopedia y disimulada propagadora de sus doctrinas. El hecho de que el Real Seminario Patriótico, fundado por ella, hubiese conseguido que se le asignase el edificio que en Vergara había sido colegio de la recién extinguida Compañía de Jesús, contribuyó a que se mirase a la Vascongada como cooperadora de los autores que en Francia preparaban el advenimiento de la revolución.

Identificada la sociedad con el espíritu de los Caballeritos de Azcoitia, sobre este nombre han recaído las erradas descalificaciones de uno y otro lado. Menéndez Pelayo los pone en el catálogo de sus «Heterodoxos Españoles», doliéndose de que lo fuesen. Desde la orilla opuesta otro afamado escritor se duele de lo contrario: «Pues si los Caballeritos de Azcoitia no fueron heterodoxos, no les veo ya la gracia».

Pero no lo fueron. Don Julio de Urquijo, en obras documentadas demuestra que los Caballeritos de Azcoitia no merecían la precipitada crítica del ilustre polígrafo montañés, y que solamente «supieron aprovechar los progresos realizados por los enciclopedistas franceses en las ciencias naturales, sin abrazar el ideal filosófico o científico en su sentido anticatólico» (14).

De ellos, Don Manuel Altuna, el amigo de Rousseau, a quien había conocido en Venecia, hizo, sin éxito, la intentona de convertirlo. De la correspondencia del filósofo ginebrino, que desgraciadamente una señora devota destruyó por escrúpulos de conciencia,

(13) *“Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País—Historia compendiada”*, por Don Nicolás de Soraluze y Zubizarreta. San Sebastián, 1880.

(14) *“Los Amigos del País”* (San Sebastián, 1929) y *“Menéndez Pelayo y los Caballeritos de Azcoitia”* (San Sebastián, 1925), por Julio de Urquijo e Ibarra. *“Historia de España”*, por Don Antonio Ballesteros y Beretta, 1932. Tomo VI, págs. 248 y siguientes.

se salvó una carta en que, a vuelta de cortesés sinrazones, ataja la pretensión catequística de Altuna: «Ya ve usted, pues, que de todas maneras nos está vedada a los dos la discusión sobre este asunto».

De la ortodoxia del Conde de Peñaflores hay demasiadas pruebas escritas. Desde las muy serias en que expresamente la declara, hasta aquella en que, riendo a medias, dice: «...yo respeto no sólo a los sacerdotes, aún a aquellos que llamamos legos, sino hasta el más infeliz monaguillo que vista su pedazo de roquete».

Que no pueda cubrirse con igual defensa a todo el numeroso personal que hizo parte de la Sociedad Vascongada o a algún profesor de su Real Seminario, no es razón para extender a aquélla la áspera condena colectiva del admirado sabio santanderino que, por otra parte, parece que estuvo dispuesto a retractarse de su juicio. Sólo que la muerte no le dio tiempo a respaldar con su autoridad la rectificación documentada que ya han hecho otros.

A los hermanos D'Elhuyar les tocó hacer su carrera en París precisamente en los años que precedieron y prepararon el tránsito del antiguo régimen a la Francia de la revolución. De los componentes esenciales del espíritu que entonces predominaba, Taine considera que fue el primero el desarrollo de las ciencias que, a partir de Newton, abrieron ancho campo a la investigación y a la formación de un sistema del mundo. De entonces a acá mucho se ha andado. Lo que se celebraba como firme adquisición en «la ciencia engréida» del siglo XVIII, ha cedido el puesto a nuevas teorías y a insospechadas consecuencias. Pero entonces se creyó tener a la mano la clave del universo. Y aun las matemáticas quisieron entrometer sus métodos en los fenómenos del orden moral y espiritual, que escapan a la prisión de las cifras.

Era el final de los prolegómenos de lo que se llamó la edad de la razón. Todo mundo se creía filósofo o al menos en el deber de filosofar. Pero no todos los hombres de ciencia fueron apóstoles del filosofismo. Fuera de los militantes como D'Alembert, excéptico en lo que no fueran matemáticas; como los panteístas Diderot y Larmark; como el ateo Condorcet o como Voltaire, jefe de todos, que era deísta a su manera, hubo técnicos y sabios que se concentraron en sus gabinetes o en sus cátedras, sin hacer de ellos instrumentos de propaganda de las ideologías imperantes.

«La filosofía —ha dicho Ortega y Gasset— quedó aplastada, humillada por el imperialismo de la física y empavorecida por el terrorismo intelectual de los laboratorios».

Si aquellos preparativos y la misma revolución que fue su resultado se estrellaron primero en la indiferencia y después en la enemistad del país vasco-francés que defendía sus fueros y su religión, los dos riojanos que provenían de aquella estirpe tenían que permanecer impasibles y ajenos a la influencia de la atmósfera que los rodeaba. Sus convicciones personales y su condición de extranjeros justificaban su silenciosa reacción.

El hecho es que ni por el lado de los pocos individuos de la Sociedad Vascongada que se contagiaron de las novedades galas ni por el de sus profesores en París se revela en los hermanos D'Elhuyar ninguna simpatía por las tendencias de los enciclopedistas, y de ellos podría decirse lo que del pueblo de sus padres afirmó un ilustre vascófilo: «Dejaron pasar los acontecimientos por encima de sus cabezas, recluyéndose en esa impenetrable reserva, rasgo tan saliente de su carácter nacional». (15)

Por lo demás, cuando en 1789 estalló la bomba de la revolución, Juan José hacía cinco años que estaba en el Nuevo Reino de Granada y Fausto Fermín, menos de un año en Méjico.

Mas ahora estamos a principios de 1778. Juan José acaba de llegar de París, en donde todavía se encuentra su hermano Fausto, con los hijos de Peñafloreda y Narros.

En esa rotación de enemistades de España, hoy contra Francia, mañana contra Inglaterra, reconciliada con el enemigo de la víspera para aliarse contra el amigo de ayer, la ayuda de las potencias continentales a la independencia de los Estados Unidos de América planteaba por aquella época una situación tensa entre la Corte de Carlos III y la de Jorge III. Todo se llevaba en mucho secreto porque España también tenía dominios que perder en el nuevo Mundo, y en su pérdida preveía la vengativa cooperación de la Gran Bretaña. Ojo por ojo.

Pero el gobierno español, de tiempo atrás, había descuidado la fabricación de cañones para la armada. Las factorías de La Cavada y Liérganes que quince años antes había adquirido, a iniciativa del Conde de Aranda, estaban en decadencia y no satisfacían las necesidades del Ministerio de Marina. Sus armas las importaba entonces de la renombrada fábrica de Carron, en Escocia. (16)

(15) "Los Vascos", por Rodney Gallop, Madrid, 1948, pág. 22.

(16) Hay que atribuir el mérito de estas noticias al ilustrado hispanista e investigador, Profesor Arthur P. Whitaker, catedrático de historia de la Universidad de Pennsylvania, quien publicó una completa información bajo el título "The Elhuyar Mining Missions and the Enlightenment", en "The Hispanic American Historical Review", Nov. de 1951, págs. 557 y sigtes.

Abocada como estaba España a una nueva ruptura con Inglaterra, no iba a ser posible seguir importando los armamentos de Carron. Por su parte la factoría escocesa justificaba la suspensión de las remesas por el peligro de que cayesen en poder de los corsarios americanos.

En tales momentos críticos el Ministro de Marina, Marqués González de Castejón se empeñó en restaurar la industria bélica española. En busca de técnicos y científicos dio con el capitán José de Mazarredo y Salazar, instructor de Guardias Marinas en Cádiz, quien le aconsejó acudir a la Sociedad Vascongada de Amigos del País que, precisamente, se interesaba en impulsar la también decaída industria del hierro.

Pero, ante la inminencia de una ruptura con la Gran Bretaña, soñó el Marqués con apoderarse antes del secreto proceso que se usaba en los talleres de Carron. Era una labor a la vez de espionaje y de fraude que rara persona estaba dispuesta a aceptar. Por fin se encargó de esa misión Don Ignacio Montalvo, pero no llegó a Carron sino tres años después, cuando la temida guerra entre las dos potencias la hizo imposible.

Entre tanto no había descuidado el Marqués indagar en otras partes sobre la fabricación científica del cañón. El y sus consejeros técnicos del Ministerio de Marina preferían el sistema de vaciado hueco y buscaban un individuo que ya tuviese la necesaria preparación, para enviarlo al centro y al norte de Europa a seguir los cursos adecuados a las necesidades de la artillería.

«Puesto que no tenían candidato propio... Peñafloreda y Narros pidieron consejo a sus hijos que estaban en París. Con gran sorpresa suya les respondieron que el hombre que buscaban se encontraba bajo sus propias narices en Vergara. Era el mayor de los D'Elhuyar, Juan José» que habiendo completado sus estudios en París, hacía muy poco había regresado a España. (17)

A las recomendaciones de los dos condiscípulos se agregó la enfática de su profesor Rouelle. Castejón ya no vaciló. Juan José fue escogido para el viaje de estudio proyectado, pero debía ir como si trabajase para la Sociedad Vascongada, aunque el Ministerio de Marina era el que proveía los fondos.

Bajo el cariz de simple investigación científica, llevaba instrucciones reservadas para enterarse de lo relativo a la fabricación de cañones. El estudio no podía hacerse en menos de tres años. Al final

(17) Prof. Arthur P. Whitaker, op. cit., 565.

debía ir a Inglaterra para colaborar en el encargo secreto que se había dado a Ignacio Montalvo sobre los métodos usados en Carron. Esta última parte del programa no cuadraba con la moral ni con la índole de D'Elhuyar y ya buscaría manera de eludir su cumplimiento. Castejón dispuso que a su regreso entrase al servicio científico de la armada española.

Esto privaría al Seminario Patriótico de Vergara de la cooperación de Juan José a quien se pensaba preparar para la nueva cátedra de metalurgia.

Acaso con la intención de compensar por ello a la Sociedad Vascongada, el Marqués de Castejón convino en que el Ministerio de Marina, siempre por conducto de aquella, tomaría a su cargo los gastos de preparación de Fausto en mineralogía, para desempeñar, cuando volviese, las funciones de profesor de esa asignatura en el Seminario de Vergara.

Juan José iba a encontrarse con su hermano Fausto, que le esperaba en París. Los dos harían juntos sus estudios y viajes, hasta el momento en que aquél siguiese a completar su misión en los países escandinavos. El horizonte que se les abría los separaba de la carrera que habían preferido hasta entonces.

6 de Abril de 1778. Al iniciarse la primavera salió Juan José del Seminario Patriótico y emprendió su nuevo camino. Pero antes fue inscrito como socio profesor de la Vascongada, lo mismo que su hermano. Ya estaba con los Caballeritos de Azcoitia, como su padre. Y como Don Manuel de Vicuña, que acaso por encargo del Conde de Peñafiorida, su señor, le acompañó en el viaje, y luego a los dos hermanos en sus correrías por Francia y Sajonia.

No era nuevo en Vicuña este oficio. Antes había acompañado al menor de los hijos del Conde en Madrid. Luego al mismo y al hijo del Marqués de Narros en París. Allí conoció a los D'Elhuyar y a su futuro cuñado Angel Díaz, sin que estos estuviesen a su cuidado en la primera época de sus estudios. Pero ahora que iban por cuenta de la Sociedad Vascongada, la asistencia que les prestaba Vicuña tenía a la vez algo de vigilancia y custodia. Ayo no era, porque nada podía enseñarles. Si estuvo encargado de informar sobre sus actividades y conducta, no se han dado a conocer las cartas en que cumpliera aquella especie de veeduría. Acostumbrado a la compañía de señoritos, ellos le trataban de igual a igual. El mismo Vicuña lo decía alguna vez: «en París vivimos como hermanos. A su salida para Alemania me dejaron recomendado a su cuñado. En Sajonia volvimos a unirnos, en cuyo tiempo dejé encargado a Teja-

da de asistir a su cuñado de vuestas mercedes con lo señalado. Me separé de vuestas mercedes y volví a juntarme con Díaz en París, y no lo dejé hasta que volvimos a España». (18)

Los dos logroñeses iban a recorrer un itinerario aproximado al que había seguido Ramón María, el hijo mayor de Peñafiorida, muerto hacía cuatro años, al regresar de su viaje. Con la diferencia de que éste iba siempre bajo la rigurosa inspección del Abate Cluvier, que era al mismo tiempo preceptor, compañero y en parte delegado de la patria potestad. El carácter algo voluntarioso e inconstante de Ramón de Munibe indujo a su padre a someterlo a aquel estrecho régimen. Pero entonces también hizo papel de provecho este hidalgo escuderil. Porque en la esperanza de que se franquease más fácilmente con él que con el Abate, el Conde le mandó a explorar los progresos del hijo y pudo escribir: «Según me dijo Vicuña de vuelta de su viaje, ese chico se explicó con él por diversas veces con un conocimiento grande de la necesidad de corregir varios defectos de genio que reconocía en sí y con vivos deseos de que se le enmendase con franqueza y amistad». (19)

Probablemente Vicuña entendió pronto que ni Juan José ni Fausto necesitaban mayor guarda y que la sorpresa que ellos causaron a sus profesores en Freiberg era la mejor señal de que no se perderían los esfuerzos de sus patrocinadores. Y los dejó solos, mientras él se volvía a España llevando consigo al cuñado Angel Díaz, que sí necesitaba veedor.

IV.—ENTRE GALOS, TUDESCOS Y MAGIARES

De las instrucciones del Marqués de Castejón, la primera disponía que Juan José visitase en París a varios hombres de ciencia, antes de seguir a la Europa central. Es de suponerse que, habiendo sido recomendado por Rouelle para la misión que llevaba, fuese a consultar a su antiguo profesor de química antes que a otro alguno.

26 Junio 1778

Pero del breve período de más de 2 meses desde su salida de Vergara no se han conocido noticias hasta ahora. Cuando vuelve a ponerse al alcance del investigador se halla con su hermano Fausto en Estrasburgo. No se sabe si examinaron algunas minas en Lo-

(18) Archivo de Caycedo. Carta de Vicuña a Fausto D'Elhuyar, 20 de Noviembre de 1788.

(19) "Los Amigos del País", por Julio de Urquijo. Sar, Sebastián, 1929, página 48.

rena. Ya están de viaje en una mañana de verano en que, tras breve pausa en Landau, cruzan la frontera y dejan a los galos por los tudescos, en marcha que duró de claro en claro, sin parar, pues al amanecer del día siguiente llegaron a Manheim (20).

Plaza fuerte y residencia del Elector palatino, admiran su castillo urbano y el que tiene afuera, en los campos de Schwetzingen. Y tomando a París por unidad de medida de sus comparaciones, encuentran «la biblioteca más adornada», el Tesoro «riquísimo y vale treinta por el de Saint Denis», el palacio del Elector «quasi tan grande como el de Versailles». Todo es bello, simétrico, limpio. Visitan rápidamente museos, hospitales, centros de estudio. Por buena casualidad asisten a la primera junta de la Sociedad Alemana. Juan José, que llevaba el encargo de enterarse de las fábricas de armamentos, visita «una fundición de cañones de bronce».

Y conocen, en Heidelberg «la famosa cuba en que caben 13.600 cántaras castellananas de vino y que suele llenarse en los años de buena cosecha». Aunque la pieza los aturde por su capacidad, bien quisieran verla llena del jugo de los viñedos riojanos.

Había que seguir. «Fuimos a Frankfurt sobre el Main, ciudad grande y fuerte, de las hermosas de alemania. La mayor parte de las posadas son unos edificios muy suntuosos».

30 Junio 1778

«Hasta aquí los trabajos que hemos pasado por no saber la lengua eran soportables porque en los carruajes en que hemos venido siempre hemos hallado alguno que nos entendía el francés». Y de veras, el lenguaje epistolar de los castellanitos, salpicado de espontáneas expresiones galicadas, revela su familiaridad con el idioma en que habían hecho su carrera.

9 de Julio de 1778

Por la ruta de Eisenach, pasando del coche de posta al «cabriolet» y luego a un duro carricoche, al vaivén de caminos desalmados, que les hizo recordar los del monte del Osua, hicieron noche en Leipzig y al día siguiente llegaron a Dresde.

Nadie entendía lo que decían en los carruajes y en las posadas.

(20) La mayor parte de los datos de este capítulo, para no repetir a cada paso la referencia, están tomados de las cartas que los hermanos D'Elhuyar dirigieron al Conde de Peñafloreda y al Marqués de Narros, de Dresde, a 11 de Julio de 1778 y a Don Antonio de Munive, desde Viena, el 20 de Junio de 1781, insertadas ambas en los "Apuntes Biográficos de Don Fausto D'Elhuyar", por A. de Gálvez-Cañero y Alzola, págs. 27 y 34.

Y, para hacer más apurada su situación, encontraron revuelto el país y las gentes en armas. Ellos iban a Freiberg y ésta se hallaba en la línea de Plauen a Dresde, donde ya se extendía un poderoso ejército de poco más de veinte mil jinetes y poco menos de cuarenta mil infantes. Era el breve capítulo de las hostilidades que, en busca de la anexión de Baviera, provocó el emperador de Austria Don José II, a disgusto de su madre la emperatriz María Teresa, y que tropezó, naturalmente, con la fuerte oposición de Federico el Grande.

Recibió a los viajeros el embajador de España, Don José de Onís y ellos quedaron esperando ciertas gestiones que éste debía hacer, antes de que pudieran pasar a recibir sus lecciones en la Academia de Minas de Freiberg, que en cuatro años había alcanzado vasto renombre en Europa.

Primero tenían que ponerse «corrientes en la lengua alemana». No parece ser otra la razón de que los dos hermanos sólo hubiesen podido iniciar su asistencia a la escuela de Freiberg en el invierno de 1778. Allí, venciendo siempre dificultades, contratiempos y penuria, por la retardada y escasa provisión de fondos, oyeron durante más de dos años y medio las enseñanzas de Reschter y Charpentier en la cátedra de geometría subterránea, las de Geller en la de Química metalúrgica y en especial las del eminente Abraham Gottlob Werner, exaltado y combatido profesor que hizo época en los anales del absolutismo ilustrado.

Fue timbre de honor ser discípulo suyo. Y además, garantía de competencia y versación. Como en ese período del Siglo XVIII se agitó de nuevo el tema del origen de los minerales, las contrapuestas teorías contaron con defensores afirmativos, que fácilmente enconaron el debate. Werner de genio impetuoso y vehemente, no dictaba sino que declamaba sus lecciones. Y se impuso más por su oratoria brillante que por la solidez de sus principios. Se interesaba por sus alumnos y sabía estimularlos. Estudiantes de toda Europa acudían a oírlo en el aula y acompañarlo en las salidas al campo, en consulta directa con la naturaleza. Al empuje de su palabra caían las hipótesis que en tiempos pasados habían ideado Becker, Henkel, Zimmerman, von Oppel, Lehman, otros cuantos, sobre la formación de las rocas y de las vetas minerales.

Para Werner éstas eran el resultado de aguas descendentes que filtradas del océano universal primitivo, formaron no sólo las rocas sedimentarias, sino las ígneas y metamórficas. A la cabeza de la escuela que se llamó neptunista, sostenía que aquellas aguas escu-

rrieron por las fisuras de la masa sólida y se depositaron en forma de vetas por precipitación química (21).

Frente a Werner, los vulcanistas no creían que el agua fuese el único agente de las formaciones geológicas, sino que daban al fuego subterráneo el papel preponderante. Entre ellos fue el principal el escocés James Hutton que recogió sus tesis en su libro «La teoría de la tierra». Sir James Hall, «el fundador de la geología experimental» y el profesor Playbair, de la Universidad de Edimburgo, constituyen con aquél la trilogía del vulcanismo. Pero tuvo muchos seguidores, entre ellos antiguos discípulos de Werner, que se pasaron al campo opuesto.

Hubo exageraciones de parte y parte. Y terciando en la polémica la filosofía y las cuestiones de orden religioso, llegó a calificarse de heterodoxos a los vulcanistas porque se pensó que el neptunismo se ajustaba mejor a las narraciones del génesis.

Entre los dos extremos Johannes W. Charpentier, profesor también en la Academia de Freiberg, disentía de Werner y exponía con cautela y timidez no una tesis, no una teoría, sino lo que él llamó una conjetura, que atribuía los cuerpos minerales, aun las venas metalíferas, a alteraciones producidas por diversas causas en la roca primitiva (22).

Este ambiente de hipótesis, de controversias, de experimentos fue el que rodeó a los hermanos D'Elhuyar en sus estudios y excursiones, durante su permanencia en la Academia de Minas de Freiberg. Cuando unos años más tarde Fausto fue a visitar al Barón de Born, y pasó por Freiberg, le escribió a su hermano una frase ambigua en la posdata de una carta: «Werner está como siempre. No hace nada».

No es posible adivinar si era la expresión de un convertido al vulcanismo. Sin embargo, ya cuando la idea fundamental de Werner había sido revaluada y el neptunismo había tocado a su fin, W. H. Fitton podía insistir, con toda razón: «Fue Werner quien elevó la geología a la categoría de ciencia» (23).

Hasta ahora en sus viajes los dos riojanos se habían fijado más en los vehículos que tenían que usar, en las posadas de su mal comer y de su mal dormir, en las ciudades a donde llegaban. Y nada

(21) *"The formation of Mineral Deposits"*, by Olav M. Bateman, profesor de geología en la Universidad de Yale. New York, 1951.

(22) *"The birth and development of the Geological Science by Frank Dawson Adam"*. Dover Publications Inc. New York, 1954.

(23) Iber. Cita de Adam, 247.

mencionaron de los campos abiertos a su curiosidad científica. El camino que recorrían los recordaban por los estrujones en carricoche o los verienetos por donde se metía. Pero después de escuchar las lecciones de geognosia y minerología en la Academia de Freiberg, sus ojos iban observando siempre a lo largo de las rutas las condiciones del suelo y la naturaleza de las estratas que asomaban en fallas y afloramientos.

18 Abril 1781

Al concluir los estudios en Sajonia, pasaron a Austria y luego a Hungría. De Viena a Presburgo (hoy Bratislava), no encontraron nada de interés mineralógico en las primeras millas. Pero habían divisado desde Viena unas sierras altas y peladas y cuando llegaron a ellas reconocieron sus composición: piedra caliza. Ya cerca de Presburgo, una cadena de montañas «cubiertas de bosques y compuestas de un granito blanco muy hermoso».

Atravesaron el Danubio por un puente volante. El río corta allí la cadena granítica a cuya falda se recuesta la ciudad. Dos días más tarde, en el trayecto a Schemnitz, «una roca muy particular así por su composición como por la infinidad de variedades que de ella se encuentran». El Barón de Born la ha llamado *Saxum metalliferum*. Pero los dos geólogos se atreven a una clasificación más precisa: «A nosotros nos parece que es un pórfido falso o roca *porfidítica* de los saxones. Hemos recogido una gran cantidad de variedades que queremos enseñar al mismo Born, comunicándole nuestras ideas. Parte de ellas enviaremos a Charpentier y a Werner para que nos digan sus pareceres, pues hasta ahora tampoco saben lo que es».

Y siguen corrigiendo: «la montaña de Calvariemberg, que dice está compuesta de esquisto arcilloso, no es sino de verdadero basalto».

En Schemnitz vieron la práctica de la amalgamación del oro y fundería de plomo. Hasta allí no se habían puesto obstáculos a su curiosidad. No así al pasar adelante pues en Nenshol, «donde no hay más que ver que las fundiciones de plata, vimos todos los trabajos, pero...» Y en «Tajoba, en donde se funden parte de los minerales de cobre de Herregrund, y además se hace la liquidación, refinación, etc., así de este cobre como de otros que traen del Belmat y de otros parajes, también tuvimos nuestro pero...»

Se explica esta reserva, tanto por ser aquellos procesos el resultado de inventos para uso industrial, como para el aprovechamiento de minerales estratégicos.

De todos estos lugares de la Baja Hungría siguieron a la Alta, siempre con los ojos fijos y la atención despierta no sólo en los centros mineros que examinaban sino en la tierra misma, en las peñas, en la composición de la calzada que recorrían. Así pudieron hablar del esquisto arcilloso, de las láminas micáceas y de los filones de cobre que reconocieron en las cercanías de Schmolnitz.

9 Junio 1781

Pero el dinero se acababa. Al cabo de dos meses de fecundo viaje de estudio regresaron a Viena. «Aquí nos detendremos hasta que Dios quiera enviarnos quatrines».

En España se les esperaba ansiosamente. Las previsiones de un retorno más breve habían fallado. Fausto enumeraba las investigaciones que aún quedaban por hacer y recomendaba ampliar el término, para que las lecciones que de él se esperaban no se quedasen a mitad de camino. Aparentemente sus razones sirvieron y los quatrines llegaron, pues parece que aún pudieron recorrer las comarcas mineras de los ducados de Estiria, Carintia, Carniola y el Condado del Tirol. Mucho tiempo después recordará Juan José las minas de azogue de Idria y las que vio en Rosenay, en la Hungría Superiôr, las de Ober-Marchel, en el Ducado de Dos puentes, las de Magsfeld en el Palatino del Rin, las de Kirchin en el país de Massuan Weilburg (24).

El retardo en salir de Sajonia, las trabas que a las investigaciones de los dos hermanos se les opusieron en su visita a las minas de la Baja Hungría, las dificultades de los sistemas de viaje y la falta de recursos oportunos, les hicieron perder días y semanas que en otras circunstancias habrían podido aprovechar para la mejor ejecución del plan y de las instrucciones que se les habían dado.

Sin embargo, ellos supieron compensar con su completa entrega al estudio y a la observación lo que les faltó de tiempo holgado. Lo que oyeron en teoría desde las cátedras de Freiberg lo convirtieron en realización empírica, en práctica científica en su peregrinación experimental por sendas y montañas, ríos y ciudades, socavones y funderías.

Fausto deseaba agotar nuevas investigaciones en Alemania, para el examen de la minería y metalurgia del hierro y consideraba absolutamente necesario su viaje a Suecia. «Por buenos que sean mis deseos de instruirme y grande mi aplicación, de poco me sirven

(24) Informe de J. J. D'Elhuyar (en Santa Ana) al Virrey Ezpeleta (en Santa Fe) en 16 de Diciembre de 1790.

si no puedo ver las cosas a mi gusto» —decía. Y calculaba que ese programa no podría concluirse antes de terminar el año siguiente (1782).

8 Octubre 1781

Sin embargo, no quería dar ocasión a contradicciones y desautorizaciones. Y como la enseñanza de la minerología estaba en espera de que él volviese al Seminario Patriótico, se decidió su regreso a España. En Viena se despidió de su hermano a principios del otoño y llegó a Vergara. Los hijos del Conde de Peñaforida y del Marqués de Narros habían ido a visitar en aquel año, por encargo de la Sociedad Vascongada, la Academia de Minas de Freiberg y habían comprobado la admiración de los catedráticos de aquella escuela por los dos hermanos D'Elhuyar, que habían recibido propuestas de empleo en Hanover.

A principios del año siguiente empezó a dictar sus clases de minerología, a las que agregó después las de geometría subterránea. A la vez François Chavaneau enseñaba física y química y entre los dos profesores constituyeron la Real Escuela Metalúrgica.

Juan José quedó en Viena. La guerra con la Gran Bretaña había hecho imposible su cooperación en el encargo dado a Ignacio Montalvo para obtener el secreto de la fábrica de municiones de Carron. El plan de Castejón quedaba así frustrado. Y, dados los antecedentes personales de D'Elhuyar, que no era para esa clase de artimañas, aun sin guerra hubiese buscado pretextos para eludir el enojoso encargo.

A él también le atraía Suecia. La sola fama del insigne químico y profesor de Upsala, Torbern Olaf Bergman era suficiente incitación para cualquier estudioso que quisiera profundizar en esa ciencia. Además, un nuevo cañón sueco se había probado con éxito en Hamburgo y Juan José esperaba la posibilidad de conocerlo (25).

El mismo cuenta el modo como la Sociedad lo autorizó para continuar sus viajes de investigación y estudio:

«Con motivo de habernos separado mi hermano y yo en Viena, aquél para volver a los reinos de España, y yo para correr los reinos del Norte, hice presente a los directores de la Sociedad (Vascongada de Amigos del País), bajo la dirección de los cuales he estado todo el tiempo de mis viajes, que no era posible continuar con el sueldo de mil pesos anuales que gozaba, supuesto que, juntando otra suma igual que tenía mi hermano, no habíamos podido viajar sino con

(25) Arthur P. Whitaker. *Op. cit.* Págs. 568-571.

mucha estrechez y economía, y que siendo los viajes que me quedaban por hacer mucho más largos, suplicaba aumentasen por el tiempo de mis viajes el sueldo, o que me diesen una ayuda de costas. A vuelta de correo tuve el gusto de ver admitida mi proposición, y me daban orden que continuase mi viaje sin pérdida de tiempo, y que fuese gastando el dinero que me quedaba entonces, mientras venía la orden del Excelentísimo Señor Marqués González de Castejón, para que se me entregasen quinientos pesos más al año, durante mis viajes, según habían propuesto dichos señores. Pero por repetidas solicitaciones que fueron hechas desde el mes de Septiembre de 81 hasta la muerte del Excelentísimo Señor Marqués González de Castejón, no tuvieron contestación alguna a dicha petición. Mi fortuna fue hallar, en el estrecho lance en que me había puesto mi confianza, unos amigos que me adelantaron el dinero que me faltaba para continuar mis viajes».

Ya había trasegado por las campiñas galicanas, por los principados germánicos, por los países mineros de Hungría y de Bohemia. Como páginas vivas de un texto de geología, sus ojos habían repasado en viejos coches de posta o en duras caminatas las roquedas de los Vosgos, del Hartz, de los Cárpatos, de los Alpes tiroleses. Dejaba atrás las cuencas de los cuatro grandes ríos, el Sena, el Rin, el Elba y el Danubio, y ahora se encaminaba a las tierras nórdicas, donde su vida estudiantil iba a terminar en la antigua patria de los wikingos (26).

(Continuará)

(26) Como indispensable reivindicación histórica, el capítulo precedente pide esta nota que acaba con una serie de falsas aseveraciones y de erradas conjeturas. El párrafo, que refiere la despedida de los dos hermanos en Viena, Fausto "para volver a los reinos de España" y Juan José para "correr los reinos del norte" hace parte de la carta que este último dirigió desde Cádiz tres años después, el 26 de Marzo de 1784, al Ministro de Indias, Don José de Galves, Marqués de Sonora. De ella y de varios otros documentos resulta desmentida la afirmación de que fue Don Fausto D'Elhuyar, o él y su hermano, los que estudiaron en Upsala y visitaron otros centros de los países escandinavos.

Aunque la afirmación parezca trivial pues podría preguntarse qué más da que hayan estado ambos hermanos en Suecia, o uno solo, sin embargo, la especialización que allí obtuvo Juan José no puede quitársele, para atribuírsela a Fausto, primero porque no es verdad y luego porque de esa especialización sa-

lió el descubrimiento del tungsteno, acontecimiento trascendental en los anales de la química y que algunos han atribuido a Fausto, ya como autor único, ya como autor principal. Y no es perdonable la tranquilidad con que escritores tan serios como A. de Gálvez-Cañero y Arzola en sus "Apuntes Biográficos de Don Fausto D'Elhuyar" (pág. 10), para seguir el sistema de las biografías hiperbólicas y landatorias, asegure que "numerosos escritos y documentos señalaban el paso de los dos pensionados por Upsala". Ya el Doctor Stig Rydén, en su monografía "Don Juan José D'Elhuyar en Suecia (1781-1782) y el descubrimiento del tungsteno" (Insula, Madrid, 1954), ha desbaratado las pretendidas pruebas, una de las cuales presenta la grave alteración del texto latino en que Bergman se refiere simplemente al "Señor D'Elhuyar" y que el autor Gálvez-Cañero desfigura precediendo el apellido de la inicial F, del nombre de Fausto, letra que no existe en el original. Por su parte el profesor de historia de la Universidad de Pensylvania, Dr. Arthur P. Whitaker, en su escrito citado anteriormente, cita documentos incontrovertibles para comprobar que Fausto regresó de Viena a Vergara y que fue su hermano mayor, Juan José, el que continuó la excursión en Suecia, Noruega y Dinamarca, oyó las lecciones de Bergman en la reputada Universidad y visitó a Schéele, de todo lo cual salió después su descubrimiento del tungsteno metálico. Y para sobreaundar en documentos rectificatorios de aquella inexactitud histórica, ahí está en la Biblioteca Nacional de Bogotá el manuscrito en francés de los "Apuntes hechos por Don Juan Joseph D'Elhuyar en el curso de química particular que siguió en el año de 1782 en la Universidad de Upsala, en Suecia, con el Profesor Mr. Bergman sobre los nuevos descubrimientos de dha. ciencia", publicados luego dichos Apuntes en la revista "Lychnos", anuario de la Sociedad Sueca de Historia de las ciencias (págs. 172 a 207), en Upsala, 1959, con introducción y comentarios por el Doctor Stig Rydén, actual Director del Museo Nacional de Estocolmo y por el Doctor Arne Fredga, profesor de aquella Universidad. Finalmente en comunicación dirigida a Bergman, desde Cartagena de Indias, el 3 de Noviembre de 1784, publicada en "Arbor", revista del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (N.º 132, Madrid, Diciembre de 1956, páginas 459-462), Juan José lo saluda como "votre tres humble et tres obeissant serviteur et disciple".

Sirvan estas pruebas no sólo contra lo afirmado por Gálvez-Cañero, sino por varios escritores que se han ocupado del asunto, como D. Enrique Moles, profesor de la Universidad de Madrid, Adolf E. Nordenskiöld, Leandro Silván, Manuel Laborde Werlinden, Arturo Amaiz y Frég, Joaquín de Almodia y de León, y otros que fueron desorientados por el primero que para honrar a Fausto lo vistió con prendas de su hermano, innecesariamente, porque igual altura científica que éste tuvo el sabio Director de Minas de Méjico.